

LA FAMILIA DEL ADOLESCENTE: UNA FAMILIA NORMALMENTE EN CRISIS

Dra. Julieta Rodríguez Rojas¹

Considero que una familia donde uno o más miembros han alcanzado la adolescencia, podría ser muy bien considerada como una familia en crisis.

Pero esto no es así solamente por la presión que puedan imponer en la familia las crisis personales, intra-psíquicas, de cada uno de los miembros adolescentes.

La teoría del ciclo de vida como fue elaborada por Erkson, describe la vida como una progresión a través de una serie de estadios cada uno de los cuales tiene sus tareas específicas y sus crisis.

Ahora bien, la yuxtaposición de varios estadios de ciclo de vida en una misma familia, produce períodos de intensa presión en la misma y esto ocurre normal y frecuentemente en nuestras familias, donde mientras un miembro lidia con la crisis de la adolescencia, los padres enfrentan la denominada crisis de la edad media y un abuelo o abuela se encuentra arribando a la tercera edad, con todo lo que esto implica.

Cada uno de los períodos de transición anteriormente señalados, suponen necesariamente, un período de intensa revisión personal, de reelaboración de la propia identidad y del planeamiento del futuro. Pero las tareas propias de cada uno de estos períodos son opuestas y contrastantes.

Por ejemplo, mientras que para los padres la transición de la vida media implica un reconocimiento de la brevedad o cortedad del tiempo, el adolescente debe prepararse para un futuro abierto, donde el tiempo es visto como ilimitado.

Idealmente ambos, los adultos y los adolescentes deberían ser capaces de entender y de acomodarse unos a otros, pero si un adulto o un adolescente tienen problemas particulares en lidiar con la transición, el otro como consecuencia del interjuego entre tareas paralelas y contrastantes, puede entonces también quedar atrapado en el conflicto.

Además, en la vida las cosas son usualmente muy lejanas del ideal, los que trabajamos con adolescentes estamos cada vez más conscientes de que un porcentaje muy alto de las familias que vienen por ayuda enfrentan conflictos que nacen de la superimposición de las tareas de desarrollo de los jóvenes y de los padres, sobre todo en cuanto a la velocidad con que uno progresa a través de los eventos de su propia maduración y desarrollo.

Vemos así padres que tratan de retrasar o adelantar el pasaje del tiempo, el cual es medido en término de los eventos maduracionales que ocurren ya sea bien en su propio ciclo de vida o en el ciclo de vida de sus hijos, y esto en respuesta a sus conflictos acerca de la atracción de la vida media. Por su parte, los adolescentes ambivalentes acerca de su empuje comportándose en un momento como niños pequeños y en el próximo como adultos.

¹ Psiquiatra Infanto-Juvenil

Sin embargo, es muy fácil para los padres y los profesionales sobresimplificar las cosas y ver los problemas que enfrenta la familia como resultado únicamente de los conflictos internos del adolescente y de la conducta resultado de los mismos y olvidarse de la crisis parental y del interjuego con ésta, pero hacerlo así no ayudaría a resolver los problemas del joven ni de su familia.

No debemos olvidar que ambos, los padres y los jóvenes experimentan crisis en sus reacciones ante la amenaza o la promesa del pasaje del tiempo y ante el reordenamiento de la vida y de las relaciones interpersonales que esto necesariamente implica.

Para los padres el enfrentar que llegaron a la edad media, supone que el tiempo será ahora medido en términos de lo que queda por vivir, y este “insight” fuerza a hacer una revisión de la vida, una reevaluación de los roles y direcciones y el elaborar el duelo de los sueños inalcanzados.

Todo lo anterior están en agudo contraste con el adolescente que define sus metas y roles con el sueño de finalmente ser suficientemente grande y viejo para ser adulto. De esta manera, algunos padres de familia en transición de la vida media, pueden encontrar que el tiempo progresa demasiado rápidamente, mientras que el joven impaciente percibe el tiempo como moviéndose demasiado lentamente. El joven enfrenta un futuro que se expande, el padre debe esperar un tiempo de consolidación, reexaminación y eventualmente de una sexualidad que declina, de una salud que empieza a deteriorarse y finalmente de una muerte

que empieza a percibirse como un hecho contundente.

Todo lo anterior constituye parámetros o temáticas generacionales diferentes para padres e hijos y que resultan difíciles de entender a través de las barreras generacionales: los padres no entienden así lo que genera la ansiedad en sus hijos y los hijos lo que genera la ansiedad en sus padres.

Por su parte la amenaza de cambio de la familia nuclear puede contribuir en sí mismo a reacciones que distorsionan el ciclo de vida de sus miembros. El hecho de que los adolescentes pronto dejarán el hogar y de que, por ende, la familia como ha sido conocida, por lo menos durante una o dos décadas, desaparecerá, enfrenta a todos los miembros con “la muerte en la familia”. Esto puede originar que se viva un duelo de una manera anticipada. Una tendencia natural tanto para los adolescentes como para los adultos puede ser aferrarse a la familia y así tratar de retardar el pasaje del tiempo. Pero este aferrarse a la familia es usualmente ambivalente por el empuje maduracional que impulsa a adultos y jóvenes a seguir el principio epigenético que dice: que todo lo que crece tiene su propio e interno plan de crecimiento.

Normalmente esta ambivalencia permite que exista un tiempo para que las relaciones interpersonales sean renegociadas y para que la formación de nuevas identidades necesarias para la separación ocurran.

Pero cuando el adolescente o el padre no pueden aceptar que la separación y la destrucción de la familia nuclear son necesarias y no pueden ponerse de

acuerdo acerca del “timing” de este proceso, distorsiones de la maduración y desarrollo de los miembros de la familia ocurren.

Con el propósito de definir más claramente de qué estamos hablando, voy a diferenciar cuatro diversos patrones de distorsión del tiempo maduracional que bien pueden ocurrir en una familia con adolescentes y todos lo cuales se pueden traducir en patología.

Un primer patrón de distorsión es aquel que se presenta cuando los padres intentan retardar el avance del ciclo de vida de sus hijos adolescentes, en tanto que éste o ésta intentan acelerar su propio proceso. Un segundo patrón ocurre en familias donde ambos, los padres y el hijo o los hijos adolescentes, coinciden en tratar de retardar el proceso maduracional. El tercer patrón es el que se da cuando los padres como los hijos adolescentes intenta acelerar sus ciclos de vida y terminar así demasiado rápidamente con las tareas y la naturaleza de los lazos interpersonales propios de la familia nuclear.

Finalmente, el cuarto patrón sería el que aparece cuando, mientras los padres intentan acelerar los eventos propios del ciclo de vida, sus hijos, sintiéndose muy ansiosos acerca de la independencia y separación, intentan retardar su propio proceso de crecimiento y desarrollo.

Cuando el primer patrón ocurre, lo que pasa muy frecuentemente en nuestra familias latinoamericanas, nos encontramos con jóvenes adolescentes que claramente se comportan como si tuvieran más edad, regresando muy

tarde al hogar o no haciéndolo del todo, involucrándose en relaciones afectivas con chicos o chicas de mucho mayor edad y exhibiendo cualquier tipo de conducta que ellos sientan sirve como una declaración de “ya soy adulto”, y con el embriagarse, fumar o tener relaciones sexuales muy prematuramente.

Su exploramos en estas familias con cuidado qué pasa con los padres, veremos que éstos usualmente recuerdan el período cuando su hijo o hijas eran pequeños como el más feliz de sus vidas. Son padres que frecuentemente le dicen a los jóvenes, con el consiguiente enojo de éstos, cuán maravilloso eran antes y como ha cambiando con el pasaje del tiempo.

Son padres sin pareja o si la pareja existe hay muy poca interacción entre los esposos si no es a la través del tópico de los hijos. Además si exploramos la naturaleza de las reglas y normas que esos padres establecen para sus hijos, veremos que éstas serían más adecuada para un niño pequeño que para un adolescente.

Ejemplos: el pretender que un joven de 15 o 16 años vaya a la cama a las 7 de la noche o que una joven de 16 no vaya a los bailes del todo y continúe saliendo sólo con sus padres. Estos intentos de los padres de controlar el crecimiento de sus hijos adolescentes sólo provoca el que éstos se sientan amenazados y que sus esfuerzos por independizarse y ser autónomos resulten cada vez más y más desesperados, estableciéndose así un círculo vicioso en el cual los padres y los jóvenes quedan cada vez más desplazados del momento adecuado de sus ciclos de vida, con el consiguiente

riesgo de daño para el joven, pues es este tipo de dinámica familiar lo que puede llevar por ejemplo a un embarazo adolescente o a problemas con alcohol y drogas.

El segundo patrón es un patrón aún más enfermizo, en el cual existe una tendencia hacia la relación simbiótica entre uno o ambos padres y el adolescente.

En estas familias una adecuada individuación y separación del joven no es posible, con el agravante de que usualmente no buscarán ayuda por sí mismas, lo que sí ocurre en el caso anterior, ya que existe un acuerdo tácito aunque encubierto de parte de ambas partes: padres y adolescentes, para detener el pasaje del tiempo.

En estas familias las dos generaciones se sienten muy cómodas en esta relación, pues han logrado eliminar los unos las ansiedades que deberían enfrentar al entrar en la vida media, sobre todo aquellas en relación con los roles cambiantes y a la destrucción de la familia nuclear y por ende de su propia soledad, y los otros la angustia que genera el tener que salir a explorar sólo el mundo y tener que adquirir por sí mismos, de acuerdo con sus propias capacidades, un nuevo status distinto al de sus padres.

Estas familias fueron denominadas centrípetas por Stierlin en 1974 y en ellas se encuentra muy poco conflicto abierto o explícito, ya que tanto los padres como los jóvenes distorsionan el "timing" de los eventos maduracionales en la misma dirección. Como consecuencia, si estas familias no son referidas para tratamiento por otras

agencias, como por ejemplo las instituciones de enseñanza, que observan en los jóvenes conductas fóbicas o una muy escasa e inadecuada sociabilización, la ayuda no será buscada sino hasta muy tarde, cuando el joven ya adulto comienza a desarrollar una conducta esquizofrénica.

El tercer patrón, aquel en el que parece haber un acuerdo de parte de ambas generaciones para cesar muy tempranamente las tareas propias de la maternidad y paternidad ejercidas en forma directa, puede aparecer en la mira de los profesionales a través de un joven que exhibe conducta sociopática. Estas familias fueron llamadas por Stierling familias centrífugas.

Ahora bien, puede haber varias explicaciones para el deseo de los padres de acelerar el tiempo de maduración de sus hijos, por ejemplo, al enfrentar ellos el stress de la crisis de la vida media, pueden desear reconquistar la libertad e independencia del tiempo en el que ellos eran aún adultos jóvenes o adolescentes y no tenían hijos y el proceso de sus hijos de dejar el hogar, les devolverá esta independencia. Por su parte, ellos pueden querer negar también su proceso de envejecimiento, viviendo a través y con sus hijos, una segunda adolescencia. Veremos así como padres e hijos no se comportan en estos casos muy diferentemente.

El joven por su parte en estas familias acepta gustosamente temprana independencia que le ofrecen sus padres, porque después de todo la independencia es un rol maduracional.

Pero el problema y el riesgo de alcanzar la independencia demasiado

tempranamente, es que el joven se vea enfrentando tareas para las que aún no se encontraba maduracionalmente listo. El joven demuestra esto porque inocentemente o casi deliberadamente se mete en dificultades y es entonces cuando se dan situaciones como un accidente automovilístico o un embrazo no deseado.

El no corregir este proceso se puede traducir en conducta antisocial, en relaciones interpersonales alteradas y en un sentimiento creciente de fracaso.

La cuarta categoría en la cual los padres tratan de acelerar el proceso para alcanzar ciertos roles maduracionales de parte de sus hijos cuando éstos parecen aún no estar listos y más bien ansiosamente adoptan posturas regresivas, se presenta usualmente cuando los padres tratan de aliviar la angustia que los desencadena el enfrentar uno o varios aspectos de su propia vida. El área que el padre escoge para que en ella el joven obtenga acelerados progresos, no reflejan los sueños o conflictos de parte del padre.

Ejemplo de esto son encontrados en jóvenes que prematuramente son empujados al mundo de las relaciones heterosexuales, no siendo esto más que una evidencia de las dudas o miedos que tienen sus padres acerca de su vida sexual en la edad media y más allá. Preocupándose y tratando de asegurar la actividad sexual de sus hijos, los padres no necesitan entonces ocuparse de si su actividad continuará o no, porque los hijos lo harán por ellos.

Otro ejemplo lo constituye el hijo de un padre sobredotado que se ve de pronto empujado a rendir más y más

académicamente hablando. Esto puede ser evidencia del temor de padre acerca del poco tiempo productivo que a él le queda y esto puede ser calmado con el sentido de inmortalidad que puede obtener a través de los logros de su hijo.

Pero la presión angustia mucho al joven, el cual puede entonces detener su propio progreso y, más bien, devolverse y así el joven que parecía maduro y haber empezado a separarse rápidamente puede fracasar en el proceso de dejar el hogar, el que se mostraba muy brillante hacerlo mal en la escuela y el que había empezado a ser muy exitoso con el sexo opuesto retraerse y sólo preocuparse de comer helados y malteadas aumentado mucho de peso.

Ahora bien, estos cuatro patrones descritos sólo muy infrecuentemente se expresan en forma pura, usualmente lo que aparecen son áreas en las que hay intentos específicos de acelerar o retardar la maduración, en tanto que en otras se observa el patrón inverso y en otras se permite que se dé el ritmo normal.

En este momento, después de que hemos hecho una descripción de los fenómenos interaccionales que ocurren en una familia con adolescentes, en que individuos con conflictos intrapsíquicos, originados en crisis de crecimiento y desarrollo de diversa naturaleza: (adolescencia –edad media-tercera edad) coexisten y de los patrones anómalos que pueden mostrarse a través de la patología que exhiben los jóvenes adolescentes, la pregunta que debió ser planteada es si esto tiene implicaciones en el manejo y tratamiento de estos jóvenes y sus

familias . Yo personalmente considero que sí.

En primer lugar, yo siento que muchos terapeutas como los terapeutas de familia y conductuales escogen como foco de su trabajo el tiempo presente sin considerar suficientemente que un individuo está en un punto determinado de su ciclo de vida, el cual es el resultado de dichas experiencias de desarrollo en el pasado y de que a su vez este individuo anticipa y trata de predecir su futuro.

Por otro lado, los terapeutas orientados psicoanalíticamente tienden a determinar su foco de trabajo en el pasado a través del presente, retrabajando las experiencias pasadas a través de la relación terapéutica establecida en el presente.

Pero pocas terapias consideran el tiempo como realmente es experimentado por los seres humanos, con énfasis en la importancia de considerar el futuro, lo que es esperado dentro del ciclo de vida, así como el pasado y el presente y esto se convierte en algo de vital importancia en el manejo de los adolescentes y sus familias.

Existe así la necesidad de efectuar con estas familias una terapia que podríamos llamar basada en el desarrollo humano. En ella sin dejar a un lado el entendimiento dinámico de los conflictos intra-psíquicos de cada miembro y los conceptos de la teoría de sistemas para entender el funcionamiento de la familia, el terapeuta debe ayudar a la familia a reconocer que muchos de sus conflictos nacen de la distorsión del "timing" de

los eventos maduracionales y que esto a su vez es una consecuencia de la yuxtaposición de diversos "stresses" de desarrollo individuales.

Si cada individuo en la familia es ayudado además a entender la parte que está jugando en un período de transición necesario, cada miembro puede ser más tolerante y respetuoso de las reacciones de los otros.

El terapeuta debe entonces ayudar a ambos, a los padres y a los hijos, a reconocer, aceptar y digerir sus propias tareas de desarrollo y a ser respetuoso y aceptadores de las tareas del desarrollo de los otros.

Los padres deben recibir apoyo y clarificación en la revisión propia de la crisis de la vida media. Debemos ayudarles a hacer esta revisión conscientemente y a entender cómo sus reacciones ante el envejecimiento pueden haber afectado a su hijo adolescente. Debemos ayudarles a compartir sus dudas y ansiedades con sus hijos de manera que los jóvenes puedan ser más empáticos y comprensivos con sus padres.

El énfasis de esta terapia debe estar en el anticipar el pasaje hacia nuevos estadios de la vida y en el explorar las reacciones que se producen ante roles cambiantes y el cambio de funciones. Sólo así los padres y los adolescentes podrán sentirse libres para trabajar juntos en el alcanzar tanto los roles individuales como familiares.

BIBLIOGRAFIA

John Towes et. al. **The life cycle of the family: perspectives on psychotherapy with adolescents.** Annals of the American Society for Adolescent Psychiatry. Vol. IX

John Towes et. al. **The life cycle of the family: the adolescents sense of time.** Annals of the American Society for Adolescent Psychiatry. Vol. IX

Peter Blos. **The young adolescent. Clinical studies.** London 1970. A free press paperback.